

AMARILLAS FLORES

El catorce de enero de 1922, Juliette Daguerre Espinoza, al volver de la Municipalidad, halló en el fondo del zaguán de su casona de la calle Atravesada de la Granada nicaragüense, una carta, fechada en Costa Rica, de alguien del que ya no esperaba recibir noticias.

Dos años antes había sido elegido presidente de Nicaragua Diego Manuel Chamorro. El país hacía tiempo que se debatía en enfrentamientos entre el partido conservador, apoyado por los marines norteamericanos, y el partido liberal, dando lugar a una guerra civil que dieron en llamar la Guerra Constitucionalista.

Un tiempo más atrás, un joven Augusto Sandino, cuyo más fiel y comprometido compañero era el granadino de origen francés Henri Mejía Vernuille, ya estaba organizando una clandestina fuerza armada dispuesta a enfrentarse a la Guardia Nacional creada por los conservadores con el apoyo de los norteamericanos. Sandino perdió y ganó batallas, pero nunca se rindió, llegando a proclamar unas frases que le convirtieron en un héroe: «No me rendiré y aquí los espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan».

Pero antes habían venido las persecuciones, el frustrado intento de detención de los suyos, la incontenible presión, hasta que llegó, necesaria, la fuga, el exilio de algunos de ellos.

San Juan de Chicué, Costa Rica, 7 de diciembre de 1921

Mi querida Juliette:

¿Dejarás que te bese cuando vaya a verte? No digo en el puerto, ni en la esquina de la plaza mayor, ni en tu calesa cuando me lleves a la casa de la falda del volcán, sino, quizás, debajo de ese inmenso árbol, el de las amarillas flores, el que está en ese apartado rincón del parquecito de delante de la iglesia de La Merced.

¿Qué soy yo para ti? ¿Una fugaz estrella en un transparente cielo? ¿Un estremecimiento de mariposas que te hizo volar a un desconocido lugar? Quizás una palabra, un verso, algo inalcanzable, una resplandeciente luz en la oscuridad, un abrazo, una quimera, una historia que no llegó a ser historia, un viaje sin vuelta, una mirada, el olor de un ron nicaragüense, una fortaleza. ¿Qué soy yo para ti?

Lo pensé muchas veces y me dije, ¡qué lástima!, yo quise quererla. No, no estoy esperando a que pasen los días y los meses. Pensé muchas veces ante tu silencio: no debí decirlo; y luego: bueno, tenía que decirlo. Pensé, le pareció demasiado, ¡que quería enamorarla!, ¡que quería que estuviéramos juntos como nunca estuvimos con nadie! Demasiado, no debí decirlo, algo se ha roto y ya, ella ya no está... Me duele, sentí, pero me avergüenza, me avergonzaba escribir y decir: ¿qué pasa?, si algo hice mal, perdona. Entonces llegó tu carta.

¿Qué eres tú para mí? Un sueño de ilusiones, un deseo hasta lo más profundo, hasta allí donde las entrañas se estremecen, hasta ese lugar en que pareces volverte como loco. ¡Es tan lejos! ¡Estás tan lejos! ¡Estamos tan lejos, aunque parezca cercano! Es como si ya no hubiera ninguna posibilidad de volver a vernos, vernos de aquella manera. Siento que cada mes la distancia

se va haciendo más grande, que cada vez va a ser más difícil que tu vengas, que yo vaya, aunque tengo que volver, Sandino ya me quiere allí. Es como si ensancharan las distancias que se hacen tan grandes como la ternura del abrazo que me mandas en tu carta.

Allí, donde el volcán, en ti, en mí, había ese escondido fuego, en la superficie de tu piel y de la mía, mientras soñábamos con el lento balanceo en aquellas mecedoras. Y luego, más tarde, el volcán echando fuego a borbotones, de ti, de mí, delante de aquella habitación. Y luego, la marcha, la huida quizás. Y luego, el después, y el recuerdo que me viene, que me viene y que no termina de irse. Y luego tú y yo, en la distancia, volviendo atrás, retrocediendo. ¿Y si yo hubiera tocado la puerta contra la que te apretabas sin dar crédito a las mariposas que revoloteaban insistentes dentro de ti? ¿Y si entonces tú y yo...? ¿Y si...? No hay vuelta atrás, hay que mirar para adelante. Por eso te pregunto: ¿Dejarás que te bese cuando vaya a verte?

Henri

La casa de los Daguerre Espinoza tiene un gran portalón enmarcado en unas molduras de volcánicas piedras que da paso, a través de un zaguán, a un patio con soportales, lleno de plantas y una fuente de sirenas, alrededor del cual se organizan todas las estancias. Un poco más al fondo, en un segundo y un tercer patio, están las cocinas y las habitaciones de servicio. Delante de la portada, el faldón inclinado de una cubierta de teja, con jabalcones de labrada madera, se prolonga hacia la calle para formar una galería que se une a las de las casas contiguas. Allí, en los atardeceres, se sacan las mecedoras para ver pasar y saludar a los amigos y conocidos que quizás lleguen hasta ese extremo de la calle, al borde de la ciudad, desde la que se puede ver la impresionante mole del volcán Mombacho que se empeña en hacerse presente, de tanto en tanto, con un resplandor en su cumbre.

Granada es una ciudad tranquila, fundada hace ya casi cuatrocientos años por el capitán Gonzalo Fernández de Córdoba al borde del enorme lago Cocibolca al que el volcán derramó su ardiente lava. Su trazado, de rectas y perpendiculares calles con una plaza en el centro, va a ser un modelo que se extendería por todo el continente americano en la época de los virreinos. La catedral, que preside la plaza, no es un gran edificio, tampoco lo son la iglesia de San Francisco o la de Guadalupe, aunque tienen el encanto de sus macizas torres y las maneras de ese barroco adaptado a las tierras americanas. Seguramente lo más singular de Granada es que ha conservado un entramado de casas, casi todas de una planta, que se adentran en cada una de las manzanas para formar un uniforme tejido de cubiertas de teja que se vuelcan hacia múltiples patios, llenos de una siempre verde vegetación.

Nicaragua, en estas primeras decenas del siglo XX, vive tiempos convulsos, pero Granada parece estar alejada de los lugares del país en los que se producen los enfrentamientos de los distintos bandos. Quizás por eso fue elegida por Sandino y sus seguidores para reunirse y conspirar en defensa de esa patria libre que ansían. La casa de los Daguerre Espinoza, situada en un apartado y discreto sitio, les pareció que era el lugar adecuado.

Después de una larga reunión llena de proyectos y preparativos, aquella tarde, Juliette y Henri ya hacía rato que estaban solos en la galería delante del zaguán. Ella se había atrevido a tomar un poco de ron para acompañarle. Con la distendida conversación los vasos se fueron poco a poco rellorando. Fue entonces, ya anochecido,

cuando vieron el resplandor sobre el Mombacho: el rojo sobre la oscuridad, una llamarada, un impulso, una señal, unas diferentes miradas, todo pareció cambiar. Luego, las voces se hicieron suaves hasta que se apagaron. Era tarde, y después entraron llevando las mecedoras y después se cerró el portalón y después llegaron hasta la puerta del cuarto y después ya se despedían. Entonces él se atrevió a decirselo. Ella calló sin querer callar. Ella no sabía que él tenía que irse, enseguida, a la mañana siguiente, temprano. El cerco se había estrechado, Sandino le prefería lejos, preparando todo desde un lugar seguro. Fue un beso dulce, suave pero lleno del resplandor del volcán. Ella tuvo miedo, las mariposas revoloteaban en su cabeza, una última caricia y la puerta cerrada y ella apretándose por dentro contra la cálida madera, esperando, quizás, ¡oh, sí, quizás!, un simple golpe, una leve llamada. Él, por fuera, indeciso, temeroso.

De: mejia.enrique@gmail.com
A: julieta.daguerre@yahoo.es
Enviado: 29/04/2016/17,38

17,38

¡July! ¡Lo encontré! Tenías razón, tal como me dijiste estaba entre las cosas de mi abuela. Estoy flipando, tía. Cuando abrí una de las carpetas esas de la maleta de cantos de metal, que es más vieja que la madre que la parió, allí estaba, tía. Una cartita con una letra picuda, hablando de mariposas, de que él iba a volver, de que le quería dar un beso, ... Y con la firma: Henri ¡Me cago en la leche, mi abuelita! Muy francesita, muy recatada ella, pero ahora todo empieza a encajar. Siempre fue un misterio esa parte de su vida, cuando vivió allí, tan lejos, en el país ese de los volcanes. Mi madre nunca me lo quiso contar.

¡Qué obsesión tenía mi abuela con los volcanes, tía! Los volcanes para arriba, los volcanes para abajo, que si el volcán es fuerza, ¡qué leche de fuerza!, que si el volcán es energía y pasión, ¡qué sabría ella de pasión! Pero ahora, con la carta esta de tu abuelo que he encontrado, ¡de mil novecientos veintiunos! Anda que no ha pasado tiempo. Bueno, entonces lo que me cuentas que encontraste de ella, ¡joé!, que no me termino de enterar...

Mira July, no sé lo que está pasando. Esto es muy, pero que muy raro. Esta casualidad de que mi abuela Juliette y tu abuelo Henri tuvieran algo que ver, es raro de cojones. ¿Qué ha pasado para que nosotros nos juntáramos? Y no me vuelvas a contar la cosa esa mágica que tú dices, de aquella vez que vimos la lava ardiente del Etna en el viaje que hicimos a Sicilia. ¡No me cuentes historias! Y ahora, vas y te coges la oferta esa de Raynair y... ¡Hala!, a Costa Rica. Voy a echar una miradita al pasado de mi abuelo Henri, me dices. ¿Y para qué? ¡Joé, tía! ¡Qué es eso del pasado!

Vuelve ya. No tardes mucho porque acordarme de ti, sí que me acuerdo, y mucho. ¡A ver si eso de los volcanes va a ser verdad! Cuando pongo mis manos en tus pechos, July, hay algo dentro de mí que hierve. Y cuando tus muslos se abren despacio, como tú sabes hacerlo, entonces yo... Mira, July, contigo como con nadie, me llevas de una manera que me pongo a mil por hora. Sí, ya sé, despacio, Quique, despacio, me dices siempre, lo pasaremos mejor, disfrutaremos más. No, si encima tu abuelo, como he leído en la carta, encima, va a

tener razón y es un volcán en lo que me convierto. Un volcán que te devora, que te agarra, porque tu cuerpo, tú, July, me vuelves loco. No me importa que tus pechos sean pequeños o que tu cuerpo no sea como tú quisieras, lo que me importa es eres tú, y eso me gusta, me gusta mucho. Y cuando estoy unido a ti, cuando me abrazas con esa fuerza..., ¡eso sí que es estar bien, July!, y no sigo porque solo de pensarlo...

¿Y si esto es lo que sentían ellos? ¿Y si encima mi abuelita Juliette y el bueno de tu abuelo Henri, ese, va, y resulta que tuvieron un rollito? Porque si ella estaba lejos, es cerca de México, ¿no?, sí, lo he visto en el mapa, donde se estrecha América. Lo que te decía, si ella estaba lejos, también él estaba por allí. Mira que irse al lado del volcán Irazú ese, bueno, se debía de estar de cine, con las palmeras y el mar ese transparente y las playas blancas, allí tan cerca. Pero, juntos estuvieron, debió ser en el sitio ese al que has ido. Y él se fue y parece que pasaron un tiempo sin verse, ni nada. Y luego volvió, ¿no? En aquella época cualquier distancia era larga. ¿Para qué se fue? ¿Por qué se fue? Parece que fue con un rollo de ese revolucionario, Sandino. No me creo cuando lo leo, tía. ¿Seguro que existe el sitio ese al que fue el abuelo: ¿San Juan de Chicué? ¡Tiene mandangas la cosa! Sí, no te rías, que a lo mejor iba de que él quería lo que quería y era como un mensaje y todo ese rollo de «la calesa» y el «árbol de las amarillas flores» y la cosa de las maripositas era para..., ¡vamos, para llevársela a la cama! Sí, que ya sé que me vas a decir que no sea bestia y que no soy nada romántico. Que sí, que a lo mejor es que estaban enamorados hasta el tuétano, vale.

20,38

¿Y dices que has encontrado las cosas de él y de mi abuela? La mierda del *skype* se cortó y no me he enterado. Con el marrón éste de que no hay cobertura, aquí estoy como un gilipollas dándole a la tecla de nuevo para ver si te llega este email de una puta vez. Y, además, no podemos chatear. Hace años que no escribo tanto y tan seguido. Nada, July, que tengo que acudir de nuevo al email. Las 20,38, por lo que allí serán... ¡yo qué sé! El *skype* que se ha vuelto a fundir a negro. Solo he tenido tiempo de ver la foto esa amarillenta que me enseñabas. Flipo, ¡son ellos! ¡Qué fuerte, tía! Era verdad, son ellos, con sus sombreritos y tal, se les reconoce, pero no me he enterado cual es el volcán que se ve al fondo. Y me he quedado alucinando con lo que has empezado a contarme. O sea, que sí, que hubo tomate, ¿no? Con esta historia estoy empanao. Y nada, que no has podido contarme todo lo demás que has averiguado. ¿Dónde está el sitio ese en el que estás? Sí, ya sé que me lo has apuntado en la nevera, pero no lo encuentro.

Ahora que ya estamos seguros de que eran ellos, todo este asunto me da qué pensar. No terminaba de creerme eso de las coincidencias del destino de las que siempre me hablas. ¡Si tus padres y los míos nunca llegaron a conocerse! No me puedo olvidar el día ese que estábamos en el fiestón de los Contini en su casa de Sicilia. Cuando me dijiste que fuera contigo, allí, al pie del volcán, creí que querías guerra, pero no. Nos sentamos, todo estaba negro, el mar, el cielo. Mira para arriba, dijiste. Nada, oscuro, oscurísimo. Y entonces lo vi. Un resplandor anaranjado. No es un incendio, Quique. Es el volcán que nos habla, me dijiste bajito. ¡Que alucine, tía! ¡Cómo molaba! Recuerdo muy bien

que puse mi brazo sobre tus hombros y te apreté muy fuerte. Luego, ¡aquel beso largo y suave fue...!

23,57.

Seguimos igual con la mierda de las conexiones, pero te lo tengo que decir: ¡Me voy a buscarte a Costa Rica! Miriam, ya sabes, mi amiga de la agencia, me lo ha conseguido. Los de *easyJet* son cojonudos y el vuelo es barato. Y no me digas que estoy loco. No puedo más tía, me muero de ganas de verte. Estoy a cien mil por hora. Quiero estar contigo, donde el puto volcán ese. Me tienes pillao, y el caso es que me gusta.

¿Dejarás que te bese, como aquella vez, cuando vimos el resplandor anaranjado sobre el volcán?

Que sí, que te quiero.

Quique

Javier Aguilera

Enero de 2019